

HORIZONTES—Revista quincenal dirigida por los *Padres de la Compañía de Jesús*—Bucaramanga. Hemos recibido los primeros números de esta interesante publicación religiosa, didáctica, literaria y científica, redactada en el Colegio de San Pedro Claver, por sus santos y sabios directores.

Dos de ellos, los Reverendos Padres Joaquín Emilio Gómez y Félix Restrepo, colombianos, hijo el primero de don Estanislao Gómez Barrientos; el segundo, de don Juan Pablo Restrepo, proyectan una *Bibliografía colombiana*, fundada en la de Isidoro Laverde Amaya, y continuada de 1882 hasta la fecha. La empresa es nobilísima y merece todo nuestro aplauso.

TENEDURÍA DE LIBROS, teórica y práctica, por el sistema de partida doble, arreglada de conformidad con las disposiciones de los Códigos de Comercio, Civil Colombiano, Judicial, Penal, Fiscal y demás leyes sobre la materia, y Aritmética Comercial, por *Juan N. Trujillo Vélez*—Primera edición—Bogotá—Imprenta Eléctrica—1913—278 páginas en 4.º

El autor de este libro es contabilista práctico, y ha enseñado el arte en varias escuelas y colegios. Su obra, como lo indica el título, no es sólo instrucción sobre la manera de llevar libros, sino un *vade mecum* para todo comerciante. Está precedida de juicios muy honrosos de los señores doctor Alberto Goenaga, don Lisímaco Paláu y don Martín Restrepo Mejía.

Merece el señor Trujillo Vélez parabienes por su meritorio trabajo.

El Santo Evangelio de Jesucristo

¿Dónde encontraréis a este Jesús, vuestro modelo, vuestro amigo, vuestro hermano, vuestro compañero de edad y de trabajo; a este Jesús que os ha amado, que os ha ben-

decido, que os ha curado, que os ha perdonado y que os ha glorificado, dónde lo encontraréis con sus más hermosos y salientes rasgos? Hay un libro, libro único entre todos, que conserva con toda fidelidad su retrato, y lo pone delante de nosotros. Ese libro es el Evangelio: os hablaré de ese libro.

Allá, en el Africa, en nuestra Africa francesa, conversaban una tarde, a la luz de las estrellas que comenzaban a aparecer, en la solitaria terraza de un fortín árabe, algunos oficiales franceses. Platicando y fumando, concluyeron por hablar de religión. Contestando a los falsos argumentos de un comandante incrédulo, uno de ellos, que no era muy creyente, ni mucho menos, hizo de la siguiente manera su profesión de fe.

“¡Alto! doctor, voy a comunicar a usted lo que creo ha contribuido más a hacerme cristiano. Desde que estoy en campaña, leo muy poco; sin embargo, nunca faltan dos libros en mi tienda: el Evangelio y la *Imitación de Cristo*. Una tarde que estaba acostado, rendido después de un combate encarnizado, hallábame, contra mi costumbre, agitado, inquieto, efecto sin duda del mucho tiempo que había pasado sin dormir. Abrí el Evangelio, y leí al acaso estas palabras: “En verdad os digo a vosotros que sois mis amigos, no temáis a los que os pueden matar, y no pueden hacer otra cosa.” Y dije para mí: Hé aquí una palabra muy superior en grandeza a cuantas palabras nos ha transmitido la historia. La palabra de Rochejaquelein nada vale al lado de ésta; no es un hombre el que esto dice.

“Mi querido doctor; siempre he sido amigo de lo ideal; lo he buscado siempre en los sueños de los poetas y en mis propios desvaríos; voy todavía en pos de él a través de los encantos de la naturaleza; nunca lo he encontrado como en las páginas del Evangelio; en ese libro sagrado se me ha representado siempre lo divino.”

Este es el libro de que os voy a hablar. ¿Qué libro es éste? ¿cuál es su contenido? ¿cuál su carácter? Todo esto debéis saberlo.

I

El Evangelio es una historia, no la historia de algún hombre, sino la historia de un Hombre-Dios. No ha habido ni habrá jamás en el mundo historia semejante. Cuando se escribía el Evangelio, existían en el mundo los historiadores más célebres; era la más grande de las épocas, como que se escribió en los tiempos de Tito Livio y de Tácito, el más ilustre de los historiadores. Creían ingenuamente aquellos famosos escritores, que nada había superior a lo que ellos contaban: escribían la historia de Roma y de los emperadores del mundo. Al mismo tiempo, en un rincón de Palestina, plumas poco hábiles escribían la historia del Soberano de los cielos y de la tierra.

¡Y qué historia, qué vida la del hombre que apareció en el mundo, descendiendo del seno del Padre al establo y al pesebre, del establo a la cruz, de la cruz al triunfo de la resurrección y de la ascensión, pasando por todas las etapas del dolor y de la gloria, para perderse entre los eternos esplendores de los santos!

La señora de Sevigné se divertía pensando que sería objeto de la historia todo lo que veía que se decía y hacía en su derredor. Ciertamente nada más común y vulgar que el espectáculo de ese juego cotidiano de pequeñas pasiones é intereses ruines que se ponen en escena en el mundo. Nada hay en la vida de Jesús que no sea noble y grande. Se trata nada menos que de la salud del mundo, y todo se refiere a la gloria de Dios y a la felicidad y desgracia eterna de los hombres. La pasión dominante, que es como el foco de todo, es el amor infinito, los incontables sufrimientos de un Dios que desciende a la tierra, que trabaja, que combate, que sufre, que muere por nosotros. No hay novela, por maravillosa que sea, que despierte el interés sublime y apasionado de esta historia. Todos los atractivos, todos los sentimientos y todas las ternuras están en ella condensados. Y cuando decimos que esta historia de Jesús es tam-

bién nuestra historia, porque El vino por nosotros, habló por nosotros, sufrió por nosotros, expiró por nosotros, y por nosotros reina, toma entonces el personal y palpitante interés de un documento de familia, y se lee como se leen las últimas palabras de un padre que un hermano nos hubiera enviado desde el pie del cadalso, donde acababa de morir por nosotros.

Pero, además de ser una historia este libro, es también un *código*, el código más sublime que ha aparecido y aparecerá jamás en las naciones. ¡Ah! sabemos por desgracia, cómo se forman las leyes humanas. Todas las mañanas nos traen los diarios las declamaciones del Congreso y del Senado, donde se hacen y deshacen alternativamente las leyes que se promulgan hoy, para derogarlas mañana. La ley evangélica es ley eterna, ley resuelta en los consejos de Dios, y escrita después en ese libro, será para siempre la ley suprema con la cual deben conformarse todas las leyes de aquí abajo. Es ley universal, ley de los pequeños y de los grandes, de las sociedades y de los individuos, de vuestra conciencia y de vuestra carrera, luz de vuestros caminos y antorcha que guía vuestros pasos. Es ley inmutable: jamás llegará el momento de su revisión; jamás se suprimirá de ella ni un punto ni una coma, y aun cuando un ángel del cielo os trajera y os presentase una ley a ella opuesta, no podríais ni escuchar siquiera las palabras de un enviado semejante. Es, en fin, ley de gracia, ley de paz y de amor, *perfectio legis dilectio*, y al mismo tiempo que establece las relaciones de unos hombres con otros, establece la de todos los hombres con Dios, uniendo así a todos con el estrecho lazo del amor eterno.

¿Y qué más es el Evangelio? Es el Nuevo Testamento: ¡Un testamento, hijos míos! Esa última escritura donde aparece expresa la última voluntad del padre y de la madre con la transmisión auténtica de sus bienes. Los bienes legados por Dios en ese testamento son su gracia en el mundo, y su gloria en la vida futura. Héos aquí nombra-

dos por ese escrito herederos del reino de los cielos. Y si pensáis que esta celestial herencia os la ha adquirido Jesucristo con el precio de su sangre, juzgad cuál debe ser vuestro respeto y vuestro reconocimiento ante ese testimonio, ante ese monumento de amor.

II

¿Cuáles son los caracteres de ese libro como historia, como código y como testamento? No os faltan libros en verdad, hijos míos, y según declara el Espíritu Santo: *scribendi libros non est finis*. Se escribe sin cesar, y se escribirá mientras haya hombres que lean. Pero ¿en qué se diferencia de los demás el libro del Evangelio? Y ¿qué lo hace objeto de nuestra fe, de nuestra admiración, de nuestro amor y de nuestras adoraciones?

Como no es libro de un hombre, sino de Dios, es ante todo el libro de la *verdad*. Dios es el único autor, cuyas son todas las páginas: los evangelistas no han sido sino sus secretarios; y para que no se desprecie el papel que han hecho, y para que el genio del hombre no eclipse tampoco el genio de Dios, se han escogido cuatro hombres, oscuros, desprovistos de genio. Fijad en esto vuestra atención. En el Antiguo Testamento manejan la pluma o el arpa príncipes, reyes, sacerdotes, guerreros y poetas. Y en el Nuevo Testamento no aparecen sino cuatro hombres del pueblo, cuatro humildes testigos que no han escrito otra cosa que esas cortas páginas. Y, sin embargo, esas páginas constituyen un monumento tan elevado como el mismo cielo. Los he llamado testigos y no historiadores, porque ese es el nombre que se dan a sí mismos. No han hecho otra cosa que narrar y describir lo que han oído y presenciado, *quod vidimus, quod audivimus*, y basta esto para dar a conocer toda la sublimidad de su obra. Cada uno de esos cuatro testigos ha considerado al divino Modelo bajo diferente aspecto, como hacéis vosotros, por ejemplo, en la clase de dibujo: puestos ante un busto, reproducís sus de-

talles, según llegán hasta vosotros sus proyecciones. Uno ha visto en El al Mesías, otro al Rey de Israel, otro al Pontífice de la nueva Ley, y otro al Verbo de Dios; mas, aunque diferentes las copias, todas tienen perfecto parecido con el Modelo, y, salvo el matiz del punto de vista, todas ellas se parecen. Es el retrato del Hombre-Dios, y difícil sería decir cuál es más exacto, si el de Hombre o el de Dios.

Más todavía, ni es un dibujo ni una pintura; es una fotografía, tanta es la exactitud, y tan conforme es al original. Las personas y las cosas aparecen al vivo bajo la acción de los rayos del Espíritu de verdad. No toméis a los evangelistas por artistas; no han sido más que copiantes. Estudiando cada detalle con ayuda de la lente, todo aparece con la más exquisita exactitud, y con los detalles está admirablemente conforme el todo. Hace veinte siglos que sobre ellos actúa la crítica de los intérpretes; ha discutido una por una sus frases, ha analizado una por una sus líneas, ha hecho la disección de cada una de sus palabras, y cuanto más los ha examinado, mejor ha encontrado en ellos el sello de la verdad de todo género, de la verdad histórica, de la verdad doctrinal, de la verdad divina.

Además, allí está la verdad profunda. Se ha ahondado en el sentido de esas divinas palabras, y cuanto más se ha profundizado, mejor se ha descubierto la abundancia de sus ocultas riquezas. Lo mismo pasa en la profundidad de los cielos: el telescopio nos ha revelado millares y millares de estrellas que no vemos a simple vista. El Evangelio es océano de luz.

No me extraña que millones de hombres y los mejores de entre los hombres, hayan creído y se hayan postrado ante este libro que con tan hermosos rasgos nos revela la verdad. Y al pedirles testimonio de él, lo han dado con su palabra y con sus virtudes; tal fue la primera traducción que de él hicieron ante el mundo. Y después, cuando se les prohibió hacer profesión de sus enseñanzas, contestaron:

“Antes la muerte,” y volvieron a dar testimonio con su misma sangre. Hoy, Evangelio y verdad son una misma cosa; en lugar de decir: “palabra de verdad,” se dice: “palabra de Evangelio,” y puesta la mano sobre el Evangelio, ante la autoridad de la Iglesia y ante la justicia de los hombres, se jura decir verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. “Mi palabra es tan verdad como la verdad de este libro;” ésta es toda la fórmula juratoria.

Pero no es sólo verdad: es también espíritu y vida. Así lo dijo el Señor: *Verba mea spiritus et vita sunt*. Tal es su segundo carácter: no es letra muerta; es el *Sermo Dei vivus et efficax* de que habla la Escritura. No se lee solamente, se le escucha, se le toca. *Quod tractavimus de verbo vitae*, dice San Juan en sus cartas. Luz, calor, electricidad, no sé qué fluido divino sale de esas letras vivificadas por el soplo mismo del Maestro de la verdad. No es un libro, es un sér, y conversando con él, se sienten todavía aquellos divinos ardores en que se abrasaban los discípulos, cuando Jesús conversaba con ellos en el camino de Emmaús.

Se dice hoy de ciertas páginas que son “páginas vivas”; las páginas del Evangelio viven todavía. ¿Cómo es eso? Probad, abridlo, escuchad. Pero ¡si me habla a mí! ¡si habla de mí! ¡si habla para mí! Si esto no pasaba ayer; si sucede hoy mismo; ¡si no hay más que cambiar los nombres! Aquí está Pedro, ahí Juan, allí Tomás, más allá la Magdalena, Judas, Pilatos, Herodes y tantos otros más. Pero no conozco tanto a los otros como a mí mismo, y en lo que tengo de más íntimo. Mis sentimientos todos, todas mis aficiones, todas mis aspiraciones, todas mis debilidades, todas mis miserias, están en esas hermosas páginas. Acabo de decir que es la fotografía del Cristo, y creo deber decir que es la fotografía de los cristianos. Esto lo conocen y lo saben todos los que leen con frecuencia el santo Evangelio. Hay millares y millares de fieles que todas las mañanas se miran en ese espejo, y en él ven su imagen con entera fide-

dad; de modo que a la vez es el libro de la eternidad y de la actualidad; es la novedad que nunca envejece. *Verba mea non peribunt*, había dicho el Señor.

III

Y si tales cosas no hay en ese libro, ¿qué haréis de él vosotros, hijos míos?

Es historia: no dejaréis de leerla. Dios eligió al pueblo de Israel para conservar y transmitir a la humanidad la Biblia; y al pueblo cristiano le ha encargado la conservación y la guarda del Evangelio. ¿Pero no tenéis más que el texto de ese pequeño libro? ¿No tenéis más que un *Nuevo Testamento*? Tenéis también un crucifijo que lleváis pendiente de vuestro cuello. Es Jesucristo que se os presenta sufriendo. ¿Y habláis alguna vez, consultáis a ese Jesús que habla, que consuela, que predica, que perdona y que tenéis con vosotros? ¿Poneis ante vuestros ojos y en vuestros labios esa historia de su visita, de sus beneficios, de vuestra curación, de vuestra redención, esa historia que es a la vez suya y vuestra? Un cristiano no puede pasar un solo día sin leer algunas de sus líneas. En otros tiempos, se nos hacía repetir en las clases uno de sus versículos antes de las lecciones. Nuestros labios se abrían a la palabra de Dios antes que a cualquiera otra palabra.

Además, es el *código* de nuestras leyes; consultad esa ley y cumplidla; preferidla a cualquiera otra, y calcad sobre ella todas las demás. En las horas difíciles, en las horas de duda y de combate, estrechad ese libro contra vuestro corazón, y decid al estrecharlo: "Eres mi fe, eres mi ley." Según esa ley habéis de ser juzgados, y un día, allá en el tribunal de Dios, no aparecerán más que dos cosas: de un lado vuestra alma, y de otro lado ese libro. Mirará Dios a vuestra alma, a vuestra vida entera que aparecerá a sus pies. ¿Será la reproducción fiel de ese libro, página por página, línea por línea? Estáis salvados. ¿No será así? aparecerá una prueba desdichada, infiel, incorrecta, defectuosa, manchada, indigna: la arrojará Dios al fuego.

En fin, es un testamento; será siempre objeto de vuestra veneración. Habéis oído que nuestros padres guardaban el santo Evangelio en el cofre en que guardaba la Eucaristía: la palabra de Cristo junto a la carne de Cristo. Ved lo que hace la Iglesia en la liturgia de la misa antes de cantar el Evangelio; delante del Libro sagrado van los acólitos con antorchas encendidas y con el incensario; y este rito es, hijos míos, más que un símbolo, una lección. Recibid también vosotros el Evangelio con la luz de vuestro espíritu; rodeadle del incienso de vuestros respetos y de vuestras adoraciones, como conviene a la palabra de Dios. Y después, que él mismo sea la antorcha que ilumine, el perfume que embalsame, regocije y conserve toda vuestra existencia. Amén.

MONS. BAUNARD

Consejo de humildad

Oh tú, que nunca el pan de cada día
tuviste que ganar, e ignoras cuanto
de humillaciones y sudor y llanto
cuesta al alma esa bárbara agonía,

ante el hambriento no te juzgues santo
ni siquiera te jactes de hidalguía....
¡Quién sabe de qué hedionda villanía
fueras capaz al compartir su espanto!

Contempla en sus pecados flores mustias,
quizá virtudes muertas por angustias,
y que vivieran puras, si felices.

Tú, que nunca estuviste en las batallas,
respeta, no tan sólo las medallas,
sino también las negras cicatrices.